



La Santa Sede

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA
REDEMPTIONIS DONUM
DE SU SANTIDAD
JUAN PABLO II
A LOS RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS
SOBRE SU CONSAGRACIÓN
A LA LUZ DEL MISTERIO DE LA REDENCIÓN

I SALUDO

II VOCACIÓN

"Jesús, poniendo en el los ojos, le amó".

"Si quieres ser perfecto..."

"Tendrás un tesoro en el cielo"

III CONSAGRACIÓN

La profesión religiosa es una "expresión más plena" de la consagración bautismal.

Alianza del amor esponsal

IV CONSEJOS EVANGÉLICOS

Economía de la Redención

Participación en el anonadamiento de Cristo

V CASTIDAD - POBREZA - OBEDIENCIA

Castidad

Pobreza

Obediencia

VI AMOR A LA IGLESIA

Testimonio

Apostolado

VII. CONCLUSIÓN

Con corazón iluminado

Mensaje de la solemnidad de la Anunciación del Señor

I SALUDO

1. El don de la Redención, que este Año jubilar extraordinario pone particularmente de relieve, lleva consigo una llamada especial a la conversión y a la reconciliación con Dios en Jesucristo. Mientras el motivo exterior de este Jubileo tiene un carácter histórico —ya que se celebra el 1950 aniversario de la muerte y resurrección de Cristo—, contemporáneamente prevalece en él un motivo interior, unido a la profundidad misma del misterio de la Redención. La Iglesia nació de este misterio y del mismo vive en toda su historia. El tiempo del Jubileo extraordinario tiene un carácter excepcional. La llamada a la conversión y a la reconciliación con Dios significa que debemos meditar más a fondo sobre nuestra vida, sobre nuestra vocación cristiana a la luz del misterio de la Redención, para enraizarlas cada vez más en el mismo.

Si esta llamada se refiere a toda la Iglesia, de modo especial toca a vosotros, Religiosos y Religiosas que, en la consagración a Dios mediante el voto de los consejos evangélicos, tendéis a una particular plenitud de vida cristiana. Vuestra vocación específica y el conjunto de vuestra vida en la Iglesia y en el mundo reciben su carácter y su fuerza espiritual de la profundidad misma del misterio de la Redención. Siguiendo a Cristo por el camino estrecho y angosto^[1], vosotros experimentáis de manera extraordinaria que "en El está abundante la redención": *copiosa apud eum redemptio*^[2].

2. Por eso, mientras este Año santo está llegando a su conclusión, deseo dirigirme de modo particular a todos vosotros, Religiosos y Religiosas, enteramente consagrados a la contemplación o entregados a las diversas obras de apostolado. Lo he hecho ya en numerosos lugares y en diversas circunstancias, confirmando y prolongando la enseñanza evangélica contenida en toda la Tradición de la Iglesia, especialmente en el Magisterio del reciente Concilio ecuménico, desde la Constitución dogmática *Lumen gentium* al Decreto *Perfectae caritatis*, en la línea de las indicaciones de la Exhortación Apostólica de mi Predecesor Pablo VI *Evangelica testificatio*. El *Código de Derecho Canónico*, entrado recientemente en vigor y que de alguna manera puede considerarse el último documento conciliar, será para todos vosotros una ayuda preciosa y una guía segura para precisar concretamente los medios para vivir fiel y generosamente vuestra magnífica vocación eclesial.

Os saludo con el afecto del Obispo de Roma y Sucesor de San Pedro, al cual vuestras Comunidades permanecen unidas de modo característico. Desde la misma Sede romana llegan también, con un eco incesante, las palabras de San Pablo: "Os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen"[3]. La Iglesia, que después de los Apóstoles recoge el tesoro de las bodas con el divino Esposo, mira con sumo amor hacia todos sus hijos e hijas que, mediante la profesión de los consejos evangélicos han establecido, a través de su mediación, una alianza privilegiada con el Redentor del mundo.

Acoged pues esta palabra del Año jubilar de la Redención precisamente como una palabra de amor, pronunciada por la Iglesia para vosotros. Acogedla dondequiera que estéis: en la clausura de las Comunidades contemplativas, o en la entrega al multiforme servicio apostólico; en las Misiones, en la acción pastoral, en los hospitales o en otros lugares donde se sirve al hombre que sufre, en los institutos de educación, en las escuelas o en las universidades y, finalmente, en cada una de vuestras Casas, donde permanecéis "reunidos en el nombre de Cristo" conscientes de que el Señor está en medio de vosotros[4].

Que la palabra de amor de la Iglesia, dirigida a vosotros en el Jubileo de la Redención, sea el reflejo de aquella palabra de amor que Cristo mismo ha dirigido a cada uno y a cada una de vosotros, pronunciando un día aquel misterioso "Sígueme"[5], con el que empezó vuestra vocación en la Iglesia.

II VOCACIÓN

"Jesús, poniendo en él los ojos, le amó".

3. "Jesús, poniendo en él los ojos, le amó"[6] y le dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme"[7]. Aunque sabemos que estas palabras, dichas al joven rico, no fueron acogidas por él, sin embargo su contenido merece una atenta reflexión; éstas nos presentan efectivamente la estructura interior de la vocación.

"Jesús, poniendo en él los ojos, le amó". Este es el amor del Redentor: un amor que brota de toda la profundidad divino-humana de la Redención. En él se refleja el eterno amor del Padre, que "tanto amó... al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna"[8]. El Hijo, lleno de ese amor, aceptó la misión del Padre en el Espíritu Santo, y se hizo Redentor del mundo. El amor del Padre se reveló en el Hijo como amor que salva. Precisamente este amor constituye el verdadero precio de la Redención del hombre y del mundo. Los Apóstoles de Cristo hablan del precio de la Redención con una profunda emoción: "habéis sido rescatados... no con plata y oro, corruptibles..., sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha", escribe San Pedro[9]. "Habéis sido comprados a precio", afirma San Pablo[10].

La llamada al camino de los consejos evangélicos nace del encuentro interior con el amor de Cristo, que es amor redentor. Cristo llama precisamente mediante este amor suyo. En la estructura de la vocación, el encuentro con este amor resulta algo específicamente personal. Cuando Cristo "después de haber puesto los ojos en vosotros, os amó", llamando a cada uno y a cada una de vosotros, queridos Religiosos y Religiosas, aquel amor suyo redentor se dirigió a una determinada persona, tomando al mismo tiempo características esponsales: se hizo amor de elección. Tal amor abarca a toda la persona, espíritu y cuerpo, sea hombre o mujer, en su único e irrepetible "yo" personal. Aquél que, dándose eternamente al Padre, se "da" a sí mismo en el misterio de la Redención, ha llamado al hombre a fin de que éste, a su vez, se entregue enteramente a un particular servicio a la obra de la Redención mediante su pertenencia a una Comunidad fraterna, reconocida y aprobada por la Iglesia. Acaso no son eco precisamente de esta llamada las palabras de San Pablo: "¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo... y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio"[11].

Sí, el amor de Cristo ha alcanzado a cada uno y cada una de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, con aquel mismo "precio" de la Redención. Como consecuencia de esto, os habéis dado cuenta de que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, sino a El. Esta nueva conciencia ha sido el fruto de la "mirada amorosa" de Cristo en el secreto de vuestro corazón. Habéis respondido a esta mirada, escogiendo a Aquél que antes ha elegido a cada uno y cada una de vosotros, llamándoos con la inmensidad de su amor redentor. Llamando "por nombre", su llamada se dirige siempre a la libertad del hombre. Cristo dice: "si quieres...". La respuesta a esta llamada es, pues, una opción libre. Habéis escogido a Jesús de Nazaret, el Redentor del mundo, escogiendo el camino que El os ha indicado.

"Si quieres ser perfecto..."

4. Este camino se llama también el camino de perfección. Conversando con el joven, Cristo dice: "Si quieres ser perfecto..."; de modo que el concepto de "camino de perfección" tiene su motivación en la misma fuente evangélica. ¿No escuchamos, por otra parte, en el discurso de la montaña: "Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial"?[12] La llamada del hombre a la perfección ha sido de alguna manera percibida por pensadores y moralistas del mundo antiguo y también posteriormente en las diversas épocas de la historia. Pero la llamada bíblica posee una característica totalmente original: es particularmente exigente cuando indica al hombre la perfección, a semejanza de Dios mismo[13]. Precisamente de esta forma la llamada corresponde a toda la lógica interna de la Revelación, según la cual el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios mismo. Por tanto él debe buscar la perfección que le es propia en la línea de esta imagen y semejanza. Escribe San Pablo en la Carta a los Efesios: "Sed... imitadores de Dios, como hijos amados, y caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en obediencia y sacrificio de fragante y suave olor"[14].

Así pues, la llamada a la perfección pertenece a la esencia misma de la vocación cristiana. En

base a esta llamada conviene comprender también las palabras de Cristo dirigidas al joven del Evangelio. Estas están unidas de modo particular al misterio de la Redención del hombre en el mundo. En efecto, ésta devuelve a Dios la obra de la creación contaminada por el pecado, indicando la perfección que la creación entera, y concretamente el hombre, poseen en la mente y en el plan de Dios mismo. Especialmente el hombre debe ser entregado y devuelto a Dios, si debe ser plenamente devuelto a sí mismo. Por eso la llamada eterna: "Vuelve a mí, que yo te he rescatado"[15]. Las palabras de Cristo: "si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres..." nos introducen sin duda en el ámbito del consejo evangélico de la pobreza, que pertenece a la esencia misma de la vocación y de la profesión religiosa.

Al mismo tiempo estas palabras se pueden entender de manera más amplia y en un cierto sentido esencial. El Maestro de Nazaret invita a su interlocutor a renunciar a un programa de vida en cuyo primer plano está la categoría de la posesión, la del "tener", y en cambio le invita a aceptar en su lugar un programa centrado sobre el valor de la persona humana: sobre el "ser" personal, con toda la trascendencia que le caracteriza.

Tal comprensión de las palabras de Cristo constituye casi un más amplio trasfondo para el ideal de pobreza evangélica, especialmente de aquella pobreza que, como consejo evangélico, pertenece al contenido esencial de vuestras bodas místicas con el Esposo divino en la Iglesia. Leyendo las palabras de Cristo a la luz del principio de la superioridad del "ser" sobre el "tener", especialmente si éste último se entiende en un sentido materialista y utilitarista, llegamos casi a las mismas bases antropológicas de la vocación en el Evangelio. En el panorama del desarrollo de la civilización contemporánea, esto es un descubrimiento particularmente actual. Por eso se ha hecho actual la misma vocación "al camino de perfección", tal como lo ha marcado Cristo. Si en el ámbito de la civilización actual, especialmente en el contexto del mundo del bienestar consumista, el hombre siente dolorosamente la deficiencia esencial de "ser" personal que viene a su humanidad de la abundancia del multiforme "tener", entonces él está más expuesto a acoger esta verdad sobre la vocación, que fue pronunciada de una vez para siempre en el Evangelio. Sí, la llamada que vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, acogéis entrando en el camino de la profesión religiosa, llega a las raíces mismas de la humanidad, las raíces del destino del hombre en el mundo temporal. El evangélico "estado de perfección" no os separa de estas raíces. Al contrario, os permite aferraros más fuertemente a aquello por lo que el hombre es hombre, enriqueciendo esta humanidad, agravada de diversos modos por el pecado, con el fermento divino-humano del misterio de la Redención.

"Tendrás un tesoro en el cielo"

5. La vocación trae consigo la respuesta a la pregunta: ¿para qué ser hombre y cómo serlo? Esta respuesta da una nueva dimensión a toda la vida y establece su sentido definitivo. Tal sentido emerge en el horizonte de la paradoja evangélica sobre la vida que se pierde queriendo salvarla, y que, por el contrario, se salva perdiéndola "por Cristo y el Evangelio", como leemos en

Marcos[16].

A la luz de estas palabras adquiere plena evidencia la llamada de Cristo: "ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme"[17]. Entre este "ve" y el siguiente "ven y sígueme" se establece una relación estrecha. Puede decirse que estas últimas palabras determinan la esencia misma de la vocación; se trata, en efecto, de seguir las huellas de Cristo ("*sequi*", de lo que deriva la "*sequela Christi*"). Los términos "ve... vende... dalo" parecen definir la condición que precede a la vocación. Por otra parte, esta condición no está "fuera" de la vocación, sino que se encuentra "dentro" de la misma. En efecto, el hombre hace el descubrimiento del nuevo sentido de la propia humanidad, no sólo para "seguir" a Cristo, sino en tanto en cuanto lo sigue. Cuando el hombre "vende lo que posee" y "lo da a los pobres", entonces descubre que aquellos bienes y aquellas comodidades que poseía no eran el tesoro junto al cual permanecer; el tesoro está en su corazón, hecho por Cristo capaz de "dar" a los demás, dándose a sí mismo. Rico no es aquél que posee sino aquél que da, aquel que es capaz de dar.

Entonces la paradoja evangélica adquiere una particular expresividad. Se hace un programa del ser. Ser pobre, en el sentido dado por el Maestro de Nazaret a un tal modo de "ser", significa hacerse en la propia humanidad un dispensador de bien. Esto quiere decir igualmente descubrir "el tesoro". Este tesoro es indestructible. Pasa junto con el hombre en la dimensión de la eternidad, pertenece a la escatología divina del hombre. Gracias a este tesoro el hombre tiene su futuro definitivo en Dios. Cristo dice: "tendrás un tesoro en el cielo". Este tesoro no es tanto "un premio" después de la muerte por las obras realizadas según el ejemplo del divino Maestro, cuanto más bien el cumplimiento escatológico de lo que se escondía detrás de estas obras, ya aquí en la tierra, en el "tesoro" interior del corazón. En efecto, el mismo Cristo invitando en el Discurso de la Montaña[18] a acumular tesoros en el cielo añadió: "Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón"[19]. Estas palabras indican el carácter escatológico de la vocación cristiana, y más aún el carácter escatológico de la vocación que se realiza en el ámbito de las bodas espirituales con Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos.

6. La estructura de esta vocación, tal como se deduce de las palabras dirigidas al joven en los Evangelios sinópticos[20], se manifiesta a medida que se descubre el tesoro fundamental de la propia humanidad en la perspectiva de aquel "tesoro" que el hombre "tiene en el cielo". En esta perspectiva el tesoro fundamental de la propia humanidad se relaciona con el hecho de "ser, dándose a sí mismo". El punto directo de referencia a una vocación así es la persona viva de Jesucristo. La llamada al camino de perfección toma forma de El y por El en el Espíritu Santo el cual —a nuevas personas, hombres y mujeres, en diversos momentos de su vida y principalmente en la juventud— "recuerda" todo lo que Cristo "dijo"[21] y en concreto lo que "dijo" al joven que le preguntaba: "Maestro, ¿qué obra buena he de realizar para alcanzar la vida eterna?"[22]. Mediante la respuesta de Cristo, que "mira con amor" a su interlocutor, el intenso fermento del misterio de la Redención penetra en la conciencia, en el corazón y la voluntad de un hombre que busca con seriedad y sinceridad.

De este modo la llamada al camino de los consejos evangélicos tiene siempre su inicio en Dios: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca"[23]. La vocación en la que el hombre descubre hasta el fondo la ley evangélica del don, inscrita en la propia humanidad, es ella misma un don. Es un don henchido el contenido más profundo del Evangelio, un don en el que se refleja el perfil divino-humano del misterio de la Redención del mundo. "En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados"[24].

III CONSAGRACIÓN

7. La profesión religiosa es una "expresión más plena" de la consagración bautismal.

La vocación, queridos Hermanos y Hermanas, os ha conducido a la profesión religiosa, gracias a la cual vosotros habéis sido consagrados a Dios mediante el ministerio de la Iglesia y, al mismo tiempo, habéis sido incorporados a vuestra Familia religiosa. Por eso la Iglesia piensa en vosotros ante todo como personas "consagradas": consagradas a Dios en Jesucristo como propiedad exclusiva. Esta consagración determina vuestro puesto en la amplia comunidad de la Iglesia, del Pueblo de Dios. Y al mismo tiempo introduce en la misión universal de este Pueblo un especial acopio de energía espiritual y sobrenatural; una forma de vida concreta, de testimonio y de apostolado con fidelidad a la misión de vuestro Instituto, a su identidad y a su patrimonio espiritual. La misión universal del Pueblo de Dios se basa en la misión mesiánica de Cristo mismo —Profeta, Sacerdote y Rey— de la que todos participan de diversos modos. La forma de participación propia de las personas "consagradas" corresponde a la forma de vuestro arraigo en Cristo. Sobre la profundidad y fuerza de este arraigo decide precisamente la profesión religiosa.

Esta crea un nuevo vínculo del hombre con Dios Uno y Trino, en Jesucristo. Este vínculo crece sobre el fundamento de aquel vínculo original que está contenido en el sacramento del Bautismo. La profesión religiosa "radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud"[25]. De ese modo ella se convierte, en su contenido constitutivo, en una nueva consagración: la consagración y la donación de la persona humana a Dios, amado sobre todas las cosas. El compromiso adquirido mediante los votos de practicar los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, según las disposiciones propias de vuestras Familias religiosas, como están determinadas en las respectivas constituciones, representa la expresión de una total consagración a Dios y, al mismo tiempo, el medio que lleva a su realización. De aquí arrancan también el testimonio y el apostolado propio de las personas consagradas. Sin embargo, conviene buscar la raíz de aquella consagración consciente y libre, y de la consiguiente entrega de uno mismo como propiedad a Dios en el Bautismo, sacramento que nos conduce al misterio pascual como vértice y centro de la Redención obrada por Cristo.

Por tanto, para poner plenamente de relieve la realidad de la profesión religiosa, es necesario

referirse a las vibrantes palabras de Pablo en la Carta a los Romanos: "¿O ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte? Con El hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitó... así también nosotros vivamos una vida nueva"[26]. "Nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que... ya no sirvamos al pecado"[27]. "Así pues, haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús"[28].

La profesión religiosa —sobre la base sacramental del bautismo en la que está fundamentada— es una nueva "sepultura en la muerte de Cristo"; nueva, mediante la conciencia y la opción; nueva, mediante el amor y la vocación; nueva, mediante la incesante "conversión". Tal "sepultura en la muerte" hace que el hombre, "sepultado con Cristo", "viva como Cristo en una vida nueva". En Cristo crucificado encuentran su fundamento último, tanto la consagración bautismal, como la profesión de los consejos evangélicos, la cual —según las palabras del Vaticano II— "constituye una especial consagración". Esta es a la vez muerte y liberación. San Pablo escribe: "consideraos muertos al pecado"; al mismo tiempo, sin embargo, llama a esta muerte "liberación de la esclavitud del pecado". Pero sobre todo la consagración religiosa constituye, sobre la base sacramental del bautismo, una nueva vida "por Dios en Jesucristo".

Así, junto con la profesión de los consejos evangélicos, es "despojado el hombre viejo" de un modo más maduro y más consciente y, del mismo modo, "es revestido el hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad verdaderas", para usar aún las palabras de la Carta a los Efesios[29].

Alianza del amor esponsal

8. Así pues, queridos Hermanos y Hermanas, todos vosotros que en la Iglesia entera vivís la alianza de la profesión de los consejos evangélicos, renovad en este Año Santo de la Redención la conciencia de vuestra participación especial en la muerte sobre la Cruz del Redentor; es decir de aquella participación mediante la cual habéis resucitado con El, y constantemente resucitáis a una nueva vida. El Señor habla a cada uno y cada una de vosotros, como una vez habló por medio del profeta Isaías:

"No temas, porque yo te he rescatado, yo te llamé por tu nombre y tú me perteneces"[30].

La llamada evangélica: "Si quieres ser perfecto... sígueme"[31] nos guía con la luz de las palabras del divino Maestro. Desde lo profundo de la Redención llega la llamada de Cristo, y desde esta profundidad alcanza el alma del hombre; en virtud de la gracia de la Redención, esta llamada salvífica asume, en el alma del llamado, la forma concreta de la profesión de los consejos evangélicos. En esta forma está contenida vuestra respuesta a la llamada del amor redentor, y ésta es también una respuesta de amor: amor de donación, que es el alma de la consagración, es decir, de la consagración de la persona. Las palabras de Isaías: "te he rescatado", "tú me

perteneces" parecen sellar precisamente este amor, amor de una total y exclusiva consagración a Dios.

De ese modo se forma la particular alianza del amor esponsal, en la que parecen resonar con un eco incesante las palabras relativas a Israel, que el Señor "eligió para sí... por posesión suya"[32]. En efecto, en cada persona consagrada es elegido el "Israel" de la nueva y eterna Alianza. Todo el Pueblo mesiánico, la Iglesia entera es elegida en cada persona que el Señor escoge de entre ese Pueblo; en cada persona que, por todos, se consagra a Dios como propiedad exclusiva. En efecto, aunque ninguna persona, ni siquiera la más santa, puede repetir las palabras de Cristo: "yo por ellos me santifico"[33] según la fuerza redentora propia de estas palabras, sin embargo, gracias al amor de donación, cada uno, ofreciéndose como propiedad exclusiva a Dios, puede "mediante la fe" hallarse comprendido en el ámbito de estas palabras.

¿No nos invitan quizás a esto las otras palabras del Apóstol en la Carta a los Romanos, que repetimos y meditamos muy a menudo: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional"?[34]. En estas palabras resuena como un eco lejano de Aquél que, viniendo al mundo y haciéndose hombre, dice al Padre: "me has preparado un cuerpo... Heme aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad"[35].

Remontémonos pues —en el contexto particular del Año jubilar de la Redención— al misterio del cuerpo y del alma de Cristo, como sujeto integral del amor esponsal y redentor; esponsal porque es redentor. Por amor se ofreció a sí mismo, por amor entregó su cuerpo "por el pecado del mundo". Sumergiéndose mediante la consagración de los votos religiosos en el misterio pascual del Redentor, vosotros, con el amor de una entrega total, deseáis colmar vuestras almas y vuestros cuerpos del espíritu de sacrificio, tal como os invita a hacer San Pablo con las palabras de la Carta a los Romanos, recién citadas: ofreced vuestros cuerpos como hostia[36]. De ese modo se imprime en la profesión religiosa la semejanza de aquel amor que en el Corazón de Cristo es redentor y a la vez esponsal. Y tal amor debe brotar en cada uno de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, de la fuente misma de aquella particular consagración que, —sobre la base sacramental del Bautismo— es el comienzo de vuestra nueva vida en Cristo y en la Iglesia, es el comienzo de la nueva creación.

Que, junto a este amor, se afiance en cada uno y en cada una de vosotros la alegría de pertenecer exclusivamente a Dios, de ser una herencia particular del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Repetid de vez en cuando con el Salmista las inspiradas palabras:

"¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, en nada me complazco sobre la tierra. Desfallece mi carne y mi corazón; la roca de mi corazón y mi porción es Dios por siempre"[37].

O bien estas otras: "Yo dije a Yavé: "Mi Señor eres tú no hay dicha para mí fuera de ti". Yavé es

la parte de mi heredad y mi cáliz; tú eres quien me garantizas mi lote"[38].

La conciencia de pertenecer a Dios mismo en Jesucristo, Redentor del mundo y Esposo de la Iglesia, selle vuestros corazones[39], todos vuestros pensamientos, palabras y obras, con el sello de la esposa bíblica. Como vosotros sabéis, este conocimiento cálido y profundo de Cristo se realiza y profundiza cada día más, gracias a la vida de oración personal, comunitaria y litúrgica, propia de cada una de vuestras Familias religiosas. También en esto, y sobre todo por esto, los Religiosos y las Religiosas entregados esencialmente a la contemplación son una ayuda válida y un apoyo estimulante para sus hermanos y hermanas dedicados a las obras de apostolado. Que esta conciencia de pertenecer a Cristo abra vuestros corazones, pensamientos y obras, con la llave del misterio de la Redención, a todos los sufrimientos, a todas las necesidades y a todas las esperanzas de los hombres y del mundo, en medio de los cuales vuestra consagración evangélica se ha injertado como un signo particular de la presencia de Dios "por quien todos viven"[40], acomunados en la dimensión invisible de su Reino.

La palabra "sígueme", pronunciada por Cristo cuando "miró y amó" a cada uno y a cada una de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, tiene también este significado; toma parte, del modo más completo y radical posible, en la formación de esa "criatura nueva"[41], que debe surgir de la redención del mundo mediante la fuerza del Espíritu de Verdad, que actúa por la abundancia del misterio pascual de Cristo.

IV CONSEJOS EVANGÉLICOS

Economía de la Redención

9. Mediante la profesión se abre ante cada uno y cada una de vosotros el camino de los consejos evangélicos. En el Evangelio hay muchas exhortaciones que sobrepasan la medida del mandamiento, indicando no sólo lo que es "necesario", sino lo que es "mejor". Así, por ejemplo, la exhortación a no juzgar[42], a prestar "sin esperanza de remuneración"[43], a satisfacer todas las peticiones y deseos del prójimo[44], a invitar al banquete a los pobres[45], a perdonar siempre[46] y tantas otras. Si, siguiendo la Tradición, la profesión de los consejos evangélicos se ha concentrado sobre los tres puntos de la castidad, pobreza y obediencia, tal costumbre parece poner de relieve de modo suficientemente claro su importancia de elementos-clave y, en un cierto sentido, "compendio" de toda la economía de la salvación. Todo lo que en el Evangelio es consejo entra indirectamente en el programa de aquel camino, al que Cristo llama cuando dice: "Sígueme". Pero la castidad, la pobreza y la obediencia dan a este camino una particular característica cristocéntrica e imprimen a la misma un signo específico de la economía de la Redención.

Es esencial para esta "economía" la transformación de todo el cosmos a través del corazón del hombre, desde dentro: "La expectación ansiosa de la creación está esperando la manifestación

de los hijos de Dios... con la esperanza de que también ellas [las criaturas] serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios"[47]. Esta transformación es simultánea al amor que la llamada de Cristo infunde en el interior del hombre, con el amor que constituye la esencia misma de la consagración, la consagración del hombre y de la mujer a Dios en la profesión religiosa, sobre el fundamento de la consagración sacramental del bautismo. Podemos descubrir las bases de la economía de la Redención leyendo las palabras de la primera Carta de San Juan: "No al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre"[48].

La profesión religiosa pone en el corazón de cada uno y cada una de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, el amor del Padre: aquel amor que hay en el corazón de Jesucristo, Redentor del mundo. Este es un amor que abarca al mundo y a todo lo que en él viene del Padre y que al mismo tiempo tiende a vencer en el mundo todo lo que "no viene del Padre". Tiende por tanto a vencer la triple concupiscencia. "La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida" están en el hombre como herencia del pecado original, por cuya consecuencia la relación con el mundo, creado por Dios y dado en señorío al hombre[49], fue deformada en el corazón humano de diversas maneras. En la economía de la Redención los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia constituyen los medios más radicales para transformar en el corazón del hombre tal relación con "el mundo"; con el mundo exterior y con el propio "yo", el cual en cierto modo es la parte central "del mundo" en el sentido bíblico, si en él se enraíza lo que "no viene del Padre".

En el contexto de las frases citadas por la primera Carta de San Juan, no es difícil advertir la importancia fundamental de los tres consejos evangélicos en toda la economía de la Redención. En efecto, la castidad evangélica nos ayuda a transformar en nuestra vida interior lo que encuentra su raíz en la concupiscencia de la carne; la pobreza evangélica todo lo que tiene su raíz en la concupiscencia de los ojos; finalmente, la obediencia evangélica nos permite transformar de modo radical lo que en el corazón humano brota del orgullo de la vida. Hablamos aquí ex profeso de la superación como de una transformación, ya que toda la economía de la Redención se encuadra en el marco de las palabras, dirigidas por Cristo en la oración sacerdotal al Padre: "No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal"[50]. Los consejos evangélicos en su finalidad esencial sirven "para renovar la creación"; "el mundo", gracias a ellos, debe estar sometido al hombre y entregado a él, de manera que el hombre mismo sea perfectamente entregado a Dios.

Participación en el anonadamiento de Cristo

10. La finalidad interior de los consejos evangélicos conduce al descubrimiento de otros aspectos,

que ponen de relieve su íntima relación con la economía de la Redención. Se sabe que ésta encuentra su punto culminante en el misterio pascual de Jesucristo, en el que se unen el anonadamiento mediante la muerte, y el nacimiento a una Vida nueva mediante la resurrección. La práctica de los consejos evangélicos lleva consigo un reflejo profundo de esta dualidad pascual[51]: la destrucción inevitable de todo lo que es pecado en cada uno de nosotros y su herencia, y la posibilidad de renacer cada día a un bien más profundo, escondido en el alma humana. Este bien se manifiesta bajo la acción de la gracia, a la cual la práctica de la castidad, pobreza y obediencia hace particularmente sensible el alma del hombre. La economía total de la Redención se realiza precisamente a través de esta sensibilidad a la misteriosa acción del Espíritu Santo, artífice directo de toda santidad. En este camino la profesión de los consejos evangélicos abre en cada uno de vosotros y vosotras, queridos Hermanos y Hermanas, un amplio espacio a la "criatura nueva"[52], que emerge en vuestro propio "yo" humano de la economía de la Redención y, a través de este "yo" humano, también en la dimensión interpersonal y social. Al mismo tiempo emerge pues en la humanidad como parte del mundo creado por Dios; de aquel mundo que el Padre amó "nuevamente" en el Hijo eterno, Redentor del mundo.

San Pablo dice de este Hijo que "a pesar de tener la forma de Dios... se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres"[53]. La característica del anonadamiento contenida en la práctica de los consejos evangélicos es por consiguiente una particularidad completamente cristocéntrica. Y por esto también el Maestro de Nazaret indica explícitamente la Cruz como condición para seguir sus huellas. El que una vez dijo a cada uno de vosotros "Sígueme", ha dicho además: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (= camine tras mis huellas)[54]. Y lo decía a todos sus oyentes, no sólo a los discípulos. La ley de la renuncia pertenece, por consiguiente, a la misma esencia de la vocación cristiana. Sin embargo, pertenece de modo particular a la esencia de la vocación unida a la profesión de los consejos evangélicos. A los que se encuentran en el camino de esta vocación, hablarán también con un lenguaje comprensible aquellas difíciles expresiones que encontramos en la Carta a los Filipenses: por El "todo lo sacrificué y lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo y ser hallado en El"[55].

Renuncia pues —reflejo del misterio del Calvario— para "volver a encontrarse" más plenamente en Cristo crucificado y resucitado; renuncia, para reconocer en El plenamente el misterio de la propia humanidad y confirmarlo en el camino de aquel admirable proceso, del que el mismo Apóstol escribe en otro lugar: "mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día"[56]. De este modo la economía de la Redención transfiere el poder del misterio pascual al terreno de la humanidad, dócil a la llamada de Cristo a la vida de castidad, pobreza y obediencia, o sea a la vida según los consejos evangélicos.

V CASTIDAD - POBREZA - OBEDIENCIA

Castidad

11. El perfil pascual de esta llamada se reconoce bajo diversos puntos de vista, en relación con cada consejo.

Es, en efecto, según la medida de la economía de la Redención como hay que juzgar y practicar aquella castidad que cada uno de vosotros ha prometido mediante el voto, junto con la pobreza y la obediencia. En esto se contiene la respuesta a las palabras de Cristo, que son a la vez una invitación: "Y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda"[57]. Precedentemente Cristo había subrayado: "No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado"[58]. Estas últimas palabras ponen en evidencia que esta invitación es un consejo. El Apóstol Pablo ha dedicado también a este tema una apropiada reflexión en la primera Carta a los Corintios[59]. Este consejo está dirigido de modo especial al amor del corazón humano. Pone más de relieve el carácter esponsal de este amor. Mientras la pobreza y más aún la obediencia parecen poner de relieve ante todo el aspecto del amor redentor contenido en la consagración religiosa. Se trata aquí, como se sabe, de la castidad en el sentido de "hacerse eunucos por el reino de los cielos"; es decir, se trata de la virginidad como expresión del amor esponsal por el Redentor mismo. En este sentido el Apóstol enseña que "hace bien" quien elige el matrimonio, y "hace mejor" quien elige la virginidad[60]. "El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor"[61], y "la mujer no casada y la doncella sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santas en cuerpo y en espíritu"[62].

No se da —en las palabras de Cristo ni en las de Pablo— desestimación alguna del matrimonio. El consejo evangélico de la castidad es sólo una indicación de aquella particular posibilidad que para el corazón humano, tanto del hombre como de la mujer, constituye el amor esponsal del mismo Cristo, de Jesús "Señor". El "hacerse eunucos por el reino de los cielos", en efecto, no es sólo una libre renuncia al matrimonio y a la vida de familia, sino que es una elección carismática de Cristo como Esposo exclusivo. Esta elección no sólo permite "preocuparse" específicamente de las cosas del Señor, sino que —hecha "por el reino de los cielos"— acerca de este reino escatológico de Dios a la vida de todos los hombres en la condición de la temporalidad y lo hace, en cierto modo, presente al mundo.

Mediante ello las personas consagradas realizan la finalidad interior de toda la economía de la Redención. En efecto, esta finalidad se expresa en acercar el Reino de Dios a su definitiva dimensión escatológica. A través del voto de castidad las personas consagradas participan en la economía de la Redención mediante la libre renuncia a los gozos temporales de la vida matrimonial y familiar; por otra parte, precisamente en su "hacerse eunucos por el reino de los cielos" llevan en medio del mundo que pasa el anuncio de la futura resurrección[63] y de la vida eterna; de la vida en unión con Dios mismo mediante la visión beatífica y el amor que contiene en sí e invade íntimamente todos los demás amores del corazón humano.

Pobreza

12. ¡Qué expresivas son respecto a la pobreza las palabras de la segunda Carta a los Corintios, que constituyen una síntesis concisa de todo lo que sobre este tema escuchamos en el Evangelio! "Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza"[64]. Según estas palabras la pobreza entra en la estructura interior de la gracia redentora de Jesucristo. Sin la pobreza es imposible comprender el misterio de la donación de la divinidad al hombre, donación que se ha realizado precisamente en Jesucristo. También por esto, la pobreza se encuentra en el centro mismo del Evangelio al comienzo del mensaje de las ocho bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres de espíritu"[65]. La pobreza evangélica abre a los ojos del alma humana la perspectiva de todo el misterio "oculto desde los siglos en Dios"[66]. Sólo los que son de este modo "pobres", son a la vez interiormente capaces de comprender la pobreza de Aquel que es infinitamente rico. La pobreza de Cristo encierra en sí esta infinita riqueza de Dios; ella es más bien su expresión infalible. Una riqueza, en efecto, como es la misma Divinidad, no se habría podido expresar adecuadamente en ningún bien creado. Puede expresarse solamente en la pobreza. Por esto, puede ser comprendida de modo justo sólo por los pobres, por los pobres de espíritu. Cristo, Hombre-Dios, es el primero de ellos. El que "era rico y se ha hecho pobre", no es solamente el maestro, sino también el portavoz y el garante de aquella pobreza salvífica, que corresponde a la riqueza infinita de Dios y al poder inagotable de su gracia.

Es pues verdad —como escribe el Apóstol— que "por su pobreza somos ricos". Es el maestro y el portavoz de la pobreza que enriquece. Precisamente por esto dice al joven en los Evangelios sinópticos: "Vende cuanto tienes... dalo... y tendrás un tesoro en los cielos"[67]. Se da en estas palabras una llamada para enriquecer a los demás a través de la propia pobreza; pero en el interior de esta llamada está escondido el testimonio de la infinita riqueza de Dios que, transferida al alma humana mediante el misterio de la gracia, crea en el mismo hombre, precisamente a través de la pobreza, un manantial para enriquecer a los demás no comparable con cualquier otra clase de bienes materiales; un manantial para enriquecer a los demás a semejanza de Dios mismo. Esta dádiva se da en el ámbito del misterio de Cristo, que "nos ha hecho ricos con su pobreza". Vemos cómo este proceso de enriquecimiento se desarrolla en las páginas del Evangelio, encontrando su punto culminante en la pascua: Cristo, el más pobre, con su muerte en la Cruz, es a la vez, el que nos enriquece infinitamente con la plenitud de la Vida nueva, mediante la resurrección.

Queridos Hermanos y Hermanas, pobres de espíritu mediante la profesión evangélica: mantened a lo largo de vuestra vida este perfil salvífico de la pobreza de Cristo. Buscad día tras día su madurez cada vez mayor. Buscad sobre todo "el reino y su justicia" y lo demás "se os dará por añadidura"[68]. Que en vosotros y por medio vuestro se realice la bienaventuranza evangélica reservada a los pobres[69], a los pobres de espíritu[70].

Obediencia

13. Cristo "a pesar de tener la forma de Dios, no reputó como botín (codiciable) el ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por el aspecto, siendo reconocido como hombre, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"[71].

Tocamos aquí, en estas palabras de la Carta de Pablo a los Filipenses, la esencia misma de la Redención. En esta realidad está inscrita de modo primario y constitutivo la obediencia de Jesucristo. Confirman también este dato otras palabras del Apóstol, entresacadas esta vez de la Carta a los Romanos: "Pues como, por la desobediencia de un solo hombre, muchos se constituyeron en pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos se constituirán en justos"[72].

El consejo evangélico de la obediencia es la llamada que brota de esta obediencia de Cristo "hasta la muerte". Los que acogen esta llamada, expresada mediante la palabra "sígueme", deciden —como afirma el Concilio— seguir a Cristo "que... redimió y santificó a los hombres por la obediencia hasta la muerte de Cruz"[73]. Al realizar el consejo evangélico de la obediencia, ellos alcanzan la esencia profunda de la economía total de la Redención. Al llevar a cabo este consejo desean conseguir una participación especial en la obediencia de aquel "uno", a través de cuya obediencia todos "se constituirán en justos".

Por consiguiente, se puede decir que los que deciden vivir según el consejo de la obediencia se ponen de modo particular entre el misterio del pecado[74] y el misterio de la justificación y de la gracia salvífica. Se encuentran en este "lugar" con todo el fondo pecaminoso de la propia naturaleza humana, con toda la herencia del "orgullo de la vida", con toda la tendencia egoísta a dominar y no a servir, y se deciden precisamente a través del voto de obediencia a transformarse a semejanza de Cristo, que "redimió y santificó a los hombres por la obediencia". En el consejo de la obediencia desean encontrar su parte en la Redención de Cristo y su camino de santificación.

Este es el camino que Cristo ha trazado en el Evangelio, hablando muchas veces del cumplimiento de la voluntad de Dios, de su búsqueda incesante: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra"[75]. "Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió"[76]. "El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado"[77]. "Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió"[78]. Este constante cumplimiento de la voluntad del Padre hace pensar también en aquella confesión mesiánica del salmista de la Antigua Alianza: "En el rollo del libro me está prescrito: hacer tu complacencia; Dios mío, (ello) me es grato, y tu Ley está en medio de mis entrañas"[79].

Esta obediencia del Hijo —llena de gozo— alcanza su cenit en la Pasión y en la Cruz: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya"[80]. Desde el momento de la oración en Getsemaní la disponibilidad de Cristo a hacer la voluntad del Padre se

llena hasta el límite del sufrimiento, se convierte en aquella obediencia "hasta la muerte y muerte de Cruz", de la que habla San Pablo.

A través del voto de obediencia las personas consagradas deciden imitar con humildad de un modo especial la obediencia del Redentor. Aunque, en efecto, la sumisión a la voluntad de Dios y la obediencia a su ley sean para todo estado condición de vida cristiana, sin embargo en el "estado religioso", en el "estado de perfección", el voto de obediencia establece en el corazón de cada uno de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, el deber de una particular referencia a Cristo "obediente hasta la muerte". Y dado que esta obediencia de Cristo constituye el núcleo esencial de la obra de la Redención, como resulta de las palabras del Apóstol citadas anteriormente, por eso mismo, al cumplir el consejo evangélico de la obediencia, se debe percibir también un momento particular de aquella "economía de la Redención", que envuelve vuestra vocación en la Iglesia.

De aquí brota esa "disponibilidad total al Espíritu Santo", que actúa ante todo en la Iglesia, como expresa mi Predecesor Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelica testificatio*^[81], pero que igualmente se manifiesta en las Constituciones de vuestros Institutos. De aquí brota aquella sumisión religiosa que en espíritu de fe las personas consagradas demuestran a los propios Superiores legítimos, que ocupan el puesto de Dios^[82].

En la Carta a los Hebreos encontramos una indicación muy significativa sobre este tema: "Obedeced a vuestros jefes y estadles sujetos, que ellos velan sobre vuestras almas, como quien ha de dar cuenta de ellas". Y el Autor de la misma Carta añade: "obedeced... para que lo hagan con alegría y sin gemidos, que esto sería para vosotros sin utilidad"^[83].

Los Superiores, por su parte, recordando el deber que tienen de ejercitar en espíritu de servicio la potestad conferida a ellos mediante el ministerio de la Iglesia, se muestren siempre disponibles a escuchar a sus propios hermanos, para poder discernir mejor lo que el Señor exige a cada uno, manteniendo firmemente la autoridad que tienen de decidir y de mandar lo que consideren oportuno.

Igualmente, a la sumisión-obediencia entendida de este modo se une la actitud de servicio, que conforma toda vuestra vida según el ejemplo del Hijo del hombre, el cual "no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos"^[84]. Y su Madre, en el momento decisivo de la Anunciación-Encarnación, penetrando desde el comienzo en toda la economía salvífica de la Redención, dijo: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra"^[85].

Recordad también, queridos Hermanos y Hermanas, que la obediencia a la que os habéis comprometido, consagrándoos sin reserva a Dios mediante la profesión de los consejos evangélicos, es una particular expresión de la libertad interior, como una definitiva expresión de la libertad de Cristo fue su obediencia "hasta la muerte": "yo doy mi vida para tomarla de nuevo.

Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo"[86].

VI AMOR A LA IGLESIA

Testimonio

14. En el Año jubilar de la Redención, toda la Iglesia desea renovar su amor a Cristo, Redentor del hombre y del mundo, su Señor y a la vez su Esposo divino. Por ello, en este Año Santo la Iglesia mira con particular atención a vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, que como personas consagradas ocupáis un lugar especial tanto en la comunidad universal del Pueblo de Dios como en cada comunidad local. Si la Iglesia desea que mediante la gracia del Jubileo extraordinario se renueve también vuestro amor a Cristo, al mismo tiempo es plenamente consciente de que este amor constituye un bien particular de todo el Pueblo de Dios. La Iglesia es consciente de que en el amor que Cristo recibe de las personas consagradas, el amor de todo el Cuerpo se dirige de modo especial y excepcional al Esposo, que a la vez es Cabeza de este Cuerpo. La Iglesia os expresa, queridos Hermanos y Hermanas, su agradecimiento por la consagración y la profesión de los consejos evangélicos, que son un particular testimonio de amor. Al mismo tiempo ella ratifica su gran confianza en vosotros que habéis elegido un estado de vida, que es un don especial de Dios a su Iglesia; ella cuenta con vuestra colaboración completa y generosa para que, como administradores fieles de tan preciado don, "sintáis con la Iglesia" y actuéis siempre con ella, de acuerdo con las enseñanzas y las normas del Magisterio de Pedro y de los Pastores en comunión con él, cultivando, a nivel personal y comunitario, una renovada conciencia eclesial. Contemporáneamente ella ruega por vosotros, para que vuestro testimonio de amor no cese nunca[87], y os pide también que acojáis con tal espíritu el presente mensaje del Año jubilar de la Redención.

Así rogaba el Apóstol en su Carta a los Filipenses: "Que vuestra caridad crezca más y más... en toda discreción, para que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia..."[88].

Por obra de la Redención de Cristo "el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado"[89]. Pido incesantemente al Espíritu Santo que os conceda a cada uno y cada una de vosotros, "según el propio don"[90], dar un testimonio particular de este amor. Venza en vosotros, de manera digna de vuestra vocación, "la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús...", esa ley que nos "libró de la ley... de la muerte"[91]. Vivid, por consiguiente, esta vida nueva a la medida de vuestra consagración y también según los distintos dones de Dios que corresponden a la vocación de las respectivas Familias religiosas. La profesión de los consejos evangélicos indica a cada uno y cada una de vosotros de qué modo "con la ayuda del Espíritu Santo haréis morir"[92] todo lo que es contrario a la Vida y sirve al pecado y a la muerte; todo lo que se opone al verdadero amor a Dios y a los hombres. El mundo tiene necesidad de la auténtica "contradicción" de la consagración religiosa como levadura

incesante de renovación salvífica. "Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta"[93]. Después del especial periodo de experimentación y de puesta al día, previsto en el Motu proprio *Ecclesiae Sanctae*, vuestros Institutos han recibido recientemente, o se disponen a recibir, la aprobación por parte de la Iglesia de las Constituciones renovadas. Que este don de la Iglesia os estimule a conocerlas, amarlas y, sobre todo, vivirlas con generosidad y fidelidad, recordando que la obediencia es una manifestación inequívoca del amor.

Precisamente el mundo actual y la humanidad tienen necesidad de este testimonio de amor. Tienen necesidad del testimonio de la Redención tal como está impresa en la profesión de los consejos evangélicos. Estos consejos, cada uno según su carácter propio y todos juntos en íntima conexión, "dan testimonio" de la Redención que, con el poder de la Cruz y la Resurrección de Cristo, guía al mundo y a la humanidad en el Espíritu Santo hacia aquel cumplimiento definitivo, que el hombre —y a través del hombre la creación entera— encuentra en Dios y sólo en Dios. Vuestro testimonio es, por lo tanto, inestimable. Hay que dedicarse con constancia para que sea plenamente transparente y fructífero en medio de los hombres. A ello ayudará también la fiel observancia de las normas de la Iglesia que se refieren a la manifestación incluso exterior de vuestra consagración y de vuestro compromiso de pobreza[94].

Apostolado

15. De este testimonio de amor esponsal a Cristo, a través del cual se hace particularmente visible entre los hombres toda la verdad salvífica del Evangelio, nace también, queridos Hermanos y Hermanas, como característica de vuestra vocación, la participación en el apostolado de la Iglesia, en su misión universal, que se realiza contemporáneamente en medio de todas las naciones, de tantos modos diversos y mediante la multiplicidad de los dones concedidos por Dios. Vuestra misión específica está armoniosamente concertada con la misión de los Apóstoles, que el Señor envió por todo el mundo para enseñar a todas las gentes[95], y está unida también a esta misión del orden jerárquico. En el apostolado que desarrollan las personas consagradas, su amor esponsal por Cristo se convierte de modo casi orgánico en amor por la Iglesia como Cuerpo de Cristo, por la Iglesia como Pueblo de Dios, por la Iglesia que es a la vez Esposa y Madre.

Es difícil describir, más aún enumerar, de qué modos tan diversos las personas consagradas realizan, a través del apostolado, su amor a la Iglesia. Este amor ha nacido siempre de aquel don particular de vuestros Fundadores, que recibido de Dios y aprobado por la Iglesia, ha llegado a ser un carisma para toda la comunidad. Ese don corresponde a las diversas necesidades de la Iglesia y del mundo en cada momento de la historia, y a su vez se prolonga y consolida en la vida de las comunidades religiosas como uno de los elementos duraderos de la vida y del apostolado de la Iglesia. En cada uno de estos elementos, en todo campo —tanto en el de la contemplación fecunda para el apostolado como en el de la acción directamente apostólica— os acompaña la bendición constante de la Iglesia y, a la vez, su pastoral y maternal solicitud, en lo referente a la

identidad espiritual de vuestra vida y la rectitud de vuestro actuar en medio de la gran comunidad universal de las vocaciones y de los carismas de todo el Pueblo de Dios. Bien sea a través de cada uno de los Institutos por separado, bien sea mediante su integración orgánica, en el conjunto de la misión de la Iglesia se pone de particular relieve aquella economía de la Redención, cuyo signo profundo cada uno y cada una de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, lleva consigo mediante la consagración y la profesión de los consejos evangélicos.

Y por lo tanto, aunque son muy importantes las múltiples obras apostólicas que realizáis, sin embargo la obra de apostolado verdaderamente fundamental permanece siempre lo que (y a la vez quiénes) sois dentro de la Iglesia. Se pueden repetir de cada uno y cada una de vosotros, a título especial, las palabras del Apóstol: "Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"[\[96\]](#). Y a la vez ese "estar escondidos con Cristo en Dios" permite que se apliquen a vosotros las palabras del Maestro mismo: "Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos"[\[97\]](#).

Para esta luz, mediante la cual debéis "resplandecer ante los hombres", es importante entre vosotros el testimonio de recíproca caridad, unida al espíritu fraterno de cada Comunidad, ya que el Señor dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con otros"[\[98\]](#).

La naturaleza fundamentalmente comunitaria de vuestra vida religiosa, alimentada por la doctrina del Evangelio, por la Sagrada Liturgia y, sobre todo, por la Eucaristía, constituye un modo privilegiado de realizar esta dimensión interpersonal y social. Ayudándoos mutuamente y llevando unos el peso de los otros, manifestáis a través de vuestra unión que Cristo está presente en medio de vosotros[\[99\]](#). Es importante para vuestro apostolado en la Iglesia ser sensibles a las necesidades y a los sufrimientos del hombre, que se muestran tan claramente y de modo tan conmovedor en el mundo de hoy. El Apóstol, en efecto, enseña: "Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la Ley de Cristo"[\[100\]](#); y añade que "el amor es la plenitud de la Ley"[\[101\]](#).

Vuestra misión debe ser visible. Debe ser profundo, muy profundo el vínculo que la une a la Iglesia[\[102\]](#). A través de todo lo que hacéis y, sobre todo, mediante lo que sois, que se proclame y se confirme la verdad de que "Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella"[\[103\]](#); la verdad que está en la base de toda la economía de la Redención. Que de Cristo, Redentor del mundo, brote como fuente inagotable vuestro amor a la Iglesia.

VII CONCLUSIÓN

Con corazón iluminado

16. Esta Exhortación que os dirijo en la solemnidad de la Anunciación del Año jubilar de la

Redención, quiere ser expresión del amor que la Iglesia siente por los Religiosos y las Religiosas. Vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, sois en efecto un bien especial de la Iglesia. Y este bien se hace más comprensible mediante la meditación de la realidad de la Redención, para la que el presente Año Santo ofrece una ocasión constante y un feliz estímulo. Reconoced pues bajo esta luz vuestra identidad y dignidad. Que el Espíritu Santo —en virtud de la Cruz y la Resurrección de Cristo— "ilumine los ojos de vuestro corazón, para que entendáis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de su herencia otorgada a los santos"[\[104\]](#).

Estos "ojos iluminados del corazón" pide la Iglesia sin cesar para cada uno y cada una de vosotros, que ya habéis entrado en el camino de la profesión de los consejos evangélicos. Los mismos "ojos iluminados" la Iglesia, junto con vosotros, pide para tantos cristianos, especialmente para la juventud masculina y femenina, a fin de que puedan descubrir este camino y no tengan miedo de seguirlo, y para que aun en medio de las circunstancias adversas de la vida de hoy puedan escuchar el "Sígueme"[\[105\]](#) de Cristo. También vosotros debéis empeñaros en este objetivo mediante vuestra plegaria y, a la vez, el testimonio de aquel amor por el que "Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto"[\[106\]](#). Que este testimonio esté presente por doquier y sea universalmente perceptible. Que el hombre de nuestro tiempo, espiritualmente cansado, encuentre en él apoyo y esperanza. Por consiguiente, servid a los hermanos con el gozo que brota de un corazón en el cual Cristo mora. Ojalá que "el mundo actual... pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados... sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo..."[\[107\]](#).

La Iglesia, en su amor por vosotros, no cesa "de doblar las rodillas ante el Padre"[\[108\]](#), para que obre en vosotros "... el fortalecimiento del hombre interior"[\[109\]](#), y como en vosotros, así lo realice también en muchos otros, hermanos y hermanas bautizados, especialmente entre los jóvenes, para que encuentren el mismo camino hacia la santidad que a lo largo de la historia han recorrido tantas generaciones en compañía de Cristo —Redentor del mundo y Esposo de las almas—, dejando a menudo tras de sí el halo intenso de la luz de Dios sobre el fondo gris y tenebroso de la existencia humana.

A todos vosotros, que recorréis este camino en el momento actual de la historia de la Iglesia y del mundo, se dirige este férvido deseo en el Año jubilar de la Redención, para que "arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios"[\[110\]](#).

Mensaje de la solemnidad de la Anunciación del Señor

17. En la festividad de la Anunciación de este Año Santo de la Redención, pongo la presente

Exhortación en el Corazón de la Virgen Inmaculada. Entre todas las personas consagradas sin reserva a Dios Ella es la primera. Ella —la Virgen de Nazaret— es también la más plenamente consagrada a Dios; consagrada del modo más perfecto. Su amor sponsal alcanza el culmen en la Maternidad divina por obra del Espíritu Santo. Ella, que como Madre lleva en sus brazos a Cristo, al mismo tiempo realiza del modo más perfecto su llamada: "Sígueme". Y lo sigue —Ella, la Madre— como a su Maestro, en castidad, pobreza y obediencia.

¡Qué pobre fue en la noche de Belén y qué pobre en el Calvario! ¡Cuán obediente se mostró durante la Anunciación; y después —al pie de la Cruz— cuán obediente se mostró hasta el punto de aceptar la muerte del Hijo, que se ha hecho obediente hasta la muerte! ¡Cuán entregada estuvo durante su vida terrena a la causa del reino de los cielos por purísimo amor!

Si toda la Iglesia encuentra en María su primer modelo, con más razón lo encontraréis vosotros, personas y comunidades consagradas dentro de la Iglesia. En el día que recuerda la inauguración del Jubileo de la Redención, tenida el pasado año, me dirijo a vosotros con este mensaje, para invitaros a avivar vuestra consagración religiosa según el modelo de la consagración de la misma Madre de Dios.

Queridos Hermanos y Hermanas: "Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a participar con Jesucristo, su Hijo y Señor nuestro"^[111]. Perseverando en la fidelidad con El que es fiel, esforzaos por buscar un apoyo especial en María. En efecto, Ella ha sido llamada por Dios a la comunión más perfecta con su Hijo. Sea también Ella, Virgen fiel, la Madre de vuestra vía evangélica; que os ayude a experimentar y a mostrar ante el mundo cuán infinitamente fiel es Dios mismo.

Con estos sentimientos, os bendigo de corazón.

Dado en el Vaticano, el día 25 de marzo del Año jubilar de la Redención de 1984, sexto de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP II

Notas

[1] Cfr. Mt. 7, 14.

[2] Sal. 130 [129], 7.

[3] Cfr. 2 Cor. 11, 2.

[4] Cfr. Mt. 18, 20.

[5] Cfr. Mt. 19, 21; Mc. 10, 21; Lc. 18, 22.

[6] Mc. 10, 21.

[7] Mt. 19, 21.

[8] Jn. 3, 16.

[9] 1 Pe. 1, 18.

[10] 1 Cor. 6, 20.

[11] 1 Cor. 6, 19-20.

[12] Mt. 5, 48.

[13] Cfr. Lev. 19, 2; 11, 44.

[14] Ef. 5, 1-2.

[15] Is. 44, 22.

[16] Mc. 8, 35; cfr. Mt. 10, 39; Lc. 9, 24.

[17] Mt. 19, 21.

[18] Cfr. Mt. 6, 19-20.

[19] Mt. 6, 21.

[20] Cfr. Mt. 19, 21; Mc. 10, 21; Lc. 18, 22.

[21] Cfr. Jn. 14, 26.

[22] Mt. 19, 16.

[23] Jn. 15, 16.

[24] 1 Jn. 4, 10.

- [25] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, 5; cfr. también Documento de la S. C. para los Religiosos e Institutos Seculares "Elementos esenciales" (31 mayo 1983), nn. 5 ss.
- [26] Rom. 6, 3-4.
- [27] Rom. 6, 6.
- [28] Rom. 6, 11.
- [29] Cfr. Ef. 4, 22-24.
- [30] Is. 43, 1.
- [31] Mt. 19, 21.
- [32] Sal. 135 [134], 4.
- [33] Jn. 17, 19.
- [34] Rom. 12, 1.
- [35] Heb. 10, 5. 7.
- [36] Cfr. Rom. 12, 1.
- [37] Sal 73 [72], 25-26.
- [38] Sal 16 [15], 2. 5.
- [39] Cfr. Cant. 8, 6.
- [40] Cfr. Lc. 20, 38.
- [41] 2 Cor. 5, 17.
- [42] Cfr. Mt. 7, 1.
- [43] Lc. 6, 35.
- [44] Cfr. Mt. 5, 40-42.
- [45] Cfr. Lc. 14, 13-14.

[46] Cfr. Mt. 6, 14-15.

[47] Rom. 8, 19-21.

[48] 1 Jn. 2, 15-17.

[49] Cfr. Gén. 1, 28.

[50] Jn. 17, 15.

[51] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, 5.

[52] 2 Cor. 5, 17.

[53] Flp. 2, 6-7.

[54] Mc. 8, 34; Mt. 16, 24.

[55] Flp. 3, 8-9.

[56] 2 Cor. 4, 16.

[57] Mt. 19, 12.

[58] Mt. 19, 11.

[59] Cfr. 1 Cor. 7, 28-40.

[60] Cfr. 1 Cor. 7, 38.

[61] 1 Cor. 7, 32.

[62] 1 Cor. 7, 34.

[63] Cfr. Lc. 20, 34-36; Mt. 22, 30; Mc. 12, 25.

[64] 2 Cor. 8, 9.

[65] Mt. 5, 3.

[66] Ef. 3, 9.

[67] Mt. 19, 21; cfr. Mc. 10, 21; Lc. 18, 22.

[68] Mt. 6, 33.

[69] Cfr. Lc. 6, 20.

[70] Cfr. Mt. 5, 3.

[71] Flp. 2, 6-8.

[72] Rom. 5, 19.

[73] Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, 1.

[74] *Mysterium iniquitatis*: cfr. 2 Tes. 2, 7.

[75] Jn. 4, 34.

[76] Jn. 5, 30.

[77] Jn. 8, 29.

[78] Jn. 6, 38.

[79] Sal. 40 [39], 8-9; cfr. Heb. 19, 7.

[80] Lc. 22, 42; cfr. Mc. 14, 36; Mt. 26, 42.

[81] Cfr. *Evangelica testificatio*, 6: AAS 63 (1971), 500.

[82] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, 14.

[83] Heb. 13, 17.

[84] Mc. 10, 45.

[85] Lc. 1, 38.

[86] Jn. 10, 17-18.

[87] Lc. 22, 32.

[88] Flp. 1, 9-11.

[89] Rom. 5, 5.

[90] Cfr. 1 Cor. 7, 7.

[91] Rom. 8, 2.

[92] Cfr. Rom. 8, 13.

[93] Rom. 12, 2.

[94] Cfr. C.I.C., can. 669.

[95] Cfr. Mt. 28, 19.

[96] Col. 3, 3.

[97] Mt. 5, 16.

[98] Jn. 13, 35.

[99] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, 15.

[100] Gál. 6, 2.

[101] Rom. 13, 10.

[102] Lo recuerda explícitamente el Código de Derecho Canónico a propósito de la actividad apostólica. Cfr. can. 675, par. 3.

[103] Ef. 5, 25.

[104] Ef. 1, 18.

[105] Lc. 5, 27.

[106] 1 Jn. 4, 12.

[107] Pablo PP. VI. Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 80.

[108] Cfr. Ef. 3, 14.

[109] Cfr. Ef. 3, 16.

[110] Ef. 3, 17-19.

[111] 1 Cor. 1, 9.